

El clero y la Iglesia en el Oriente de Michoacán durante la época colonial (siglos XVI y XVII)

*Ricardo León Alanís
Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH*

Introducción

Uno de los motivos que despertaron mi interés para venir a dar esta charla, luego de la amable invitación que me extendiera el Dr. Fernando Martínez Cortés hace unos meses, fue tener la oportunidad de revisar de nueva cuenta la historia de los primeros tiempos de la evangelización en esta zona el oriente michoacano, pues hace algunos años, cuando dediqué mi tesis de licenciatura al estudio de estos temas, ciertamente me topé con la dificultad de observar que en esta región era donde las fuentes eran más escasas y bastante confusas como para hacer una adecuada reconstrucción histórica de esos acontecimientos remotos. Por un momento pensé que a la luz de las investigaciones más actualizadas y de los recientes hallazgos documentales hechos por otros colegas, tendría suficientes pistas como para abordar desde una perspectiva más novedosa este tema, pero desafortunadamente no fue así, ya que al observar el resultado de las investigaciones más recientes, e incluso la publicación de nuevas fuentes documentales (como por ejemplo, los padrones publicados por don Alberto Carrillo Cázares, o los trabajos sobre la labor de los agustinos elaborados por Roberto Jaramillo), me di cuenta que seguimos padeciendo de este mismo problema. Es decir, que la mayoría de las investigaciones dedicadas a esta temática de la evangelización, la religiosidad o el desarrollo de la administración eclesiástica, encuentran cada vez nuevos testimonios y terrenos muchos más fértiles en otras zonas de Michoacán (me refiero al centro, la zona lacustre, la Sierra Tarasca, el Bajío zamorano e incluso la zona costera), pero en lo que se refiere a esta región del oriente michoacano, se puede decir que seguimos teniendo un auténtico rompecabezas que reconstruir.

Obviamente, la razón de esto estriba, como todos sabemos, en el hecho de que esta región fuera desde los tiempos prehispánicos una zona fronteriza entre el imperio azteca y el señorío tarasco, con asentamientos humanos digamos que “un poco menos desarrollados”, como lo eran los de las etnias mazahua, matlazinca y otomí, y que ya durante el periodo colonial su importancia radicara principalmente en la minería, aunque básicamente siguiera

siendo una zona de tránsito entre el centro y el occidente de México, con su correspondiente desviación (por el rumbo de Zitácuaro y Tuzantla) hacia la llamada Tierra Caliente.

Así, pues, que aunque dedicaré mis palabras a hablar más bien de los procesos generales de evangelización y consolidación de la Iglesia en el Michoacán colonial, en la medida de lo posible trataré de esbozar algunas noticias y comentarios particulares sobre esta región, esperando incluso la comprensión de muchos de ustedes, pues no me extrañaría para nada que algunos de los aquí presentes supieran más de la historia (o tuvieran en todo caso una apreciación totalmente distinta) de la que un simple historiador “fuereño” les quiera venir a decir.

La evangelización (1525-1550)

Sin duda, el primer sacerdote católico que pasó por esta región venía en la expedición de Cristóbal de Olid, pues la *Relación de Michoacán* nos dice que en esa ocasión los soldados españoles escucharon misa en Taximaroa (Ciudad Hidalgo), siendo en todo caso también ésta la primera celebración eucarística que se llevó a cabo en territorio michoacano, hacia el año de 1522. Sin embargo, el trabajo misionero para convertir a los indígenas michoacanos al cristianismo tuvo sus orígenes realmente en 1524, cuando el Cazonci realizó un viaje a la ciudad de México coincidiendo más o menos con la fecha en que acababan de llegar a la Nueva España los doce frailes franciscanos al mando de fray Martín de Valencia. Hernán Cortés preguntó al Cazonci si tenía hijos y éste mañosamente le contestó que no, pero que había otros indios principales de Michoacán que sí los tenían. Cortés recomendó entonces que fueran enviados a México algunos niños tarascos para que fueran educados por los frailes en la escuela que éstos pensaban establecer en su convento de México. De esta manera, a su regreso a Michoacán, el Cazonci escogió a quince niños tarascos entre los hijos de algunos nobles y los envió al convento franciscano de México en donde permanecieron por espacio de un año y comenzaron a ser educados en la doctrina cristiana por los frailes.

En 1525, el Cazonci estuvo personalmente en la ciudad de México, aunque en calidad de preso para responder a las acusaciones promovidas en su contra por el factor Gonzalo de Salazar, uno de los hombres que habían quedado al frente del naciente gobierno novohispano luego de la partida de Cortés a las Hibueras. En ese sentido, todo indica que tras ser liberado y

poco antes de regresar a Michoacán, el Cazonci tuvo oportunidad de ver de cerca el trabajo que durante un año habían venido desarrollando los frailes en el convento de México y -según las crónicas franciscanas-, satisfecho de como enseñaban a los naturales, el señor de los tarascos pidió con mucha insistencia al padre fray Martín de Valencia que le diese a uno de sus compañeros para que fuese a enseñar la doctrina cristiana entre los habitantes de Michoacán. Las fuentes nos dicen textualmente que: el ministro franciscano "le dió al padre fray Martín de Jesús, que por otro nombre se llamaba de la Coruña, con otros dos o tres religiosos de los que después de los doce habían venido de España. (Y éstos fueron los que comenzaron a predicar el Santo Evangelio y fundaron la Fe católica en aquel reino y provincia (de Michoacán), y tras ellos fueron otros a les ayudar así como iban viniendo de España".

Así se inició pues, el trabajo misionero en Michoacán. Pero obviamente los misioneros no vinieron en un solo y compacto grupo, y su obra evangelizadora no fue tan próspera ni brillante durante los primeros años como tradicionalmente se ha manejado. En realidad, la llegada de los primeros misioneros franciscanos a Michoacán coincidió con una época caracterizada sobre todo por el abuso y la destrucción de la población nativa, debida entre otras cosas a la introducción de la encomienda, el incipiente desarrollo de la minería y el reacomodo constante de las fuerzas políticas en la naciente colonia, de manera que dicha situación de inestabilidad no hizo otra cosa que propiciar una serie de lamentables hechos que repercutieron directamente sobre la labor evangelizadora iniciada por los frailes. Por ello, quizá sea conveniente establecer mejor algunas etapas distintas en el desarrollo de las misiones en Michoacán.

Una primera etapa abarcaría de 1525 a 1528 y, sin duda fue la más difícil de todas. Los testimonios más confiables nos hablan solamente de que "dos o tres religiosos" acompañaron a fray Martín de Jesús o de la Coruña en Michoacán, y éstos parecen haber sido originalmente fray Antonio Ortiz, fray Diego de Almonte o de Santa María, y fray Angel de Salceda o de Valencia, así como probablemente un hermano lego cuyo nombre era Andrés de Córdoba. Lo que sí puede asegurarse es que la labor evangelizadora iniciada por este pequeño puñado de frailes debió ser más bien bastante pobre durante esos primeros años, tanto en lo material como en lo espiritual, y no de grandes e ininterrumpidos avances como a menudo lo señalan los propios cronistas franciscanos y algunos otros autores. Incluso, es muy probable que algunos de ellos pronto hayan tenido que regresar a la ciudad de México ante los pocos

avances materiales y espirituales que tuvieron, siendo en todo caso esta la razón por la que la mayoría de los testimonios de la época se dice que los misioneros abandonaron Michoacán en "dos o tres ocasiones" durante la primera década de la colonia.

En realidad el territorio y la población aborígen eran inmensos, el idioma tarasco prácticamente desconocido y la cantidad de ministros apostólicos muy escasa y sin demasiada experiencia, como para querer aventurarse y afirmar que los avances fueron demasiado notables durante esos primeros años. Más bien, podemos suponer para entonces, tal y como lo señalan las crónicas, la edificación de una humilde morada e iglesia de madera, una influencia circunscrita de hecho únicamente a la región lacustre de Pátzcuaro, y una tendencia evangelizadora encaminada principalmente hacia la destrucción de los ídolos, así como el acercamiento hacia pequeños núcleos de la población indígena, especialmente la nobleza y los niños.

Una segunda etapa en el desarrollo primitivo de las misiones franciscanas en Michoacán, abarcaría el periodo que corre de 1528 a 1533, cuando la situación comenzó a tomar un nuevo giro ante la llegada de un mayor número de religiosos que vinieron en plan de refuerzo para la débil misión iniciada años atrás. Es aquí cuando puede ubicarse con mayor seguridad la llegada del grueso de los misioneros que se mencionan como los compañeros más importantes de fray Martín de Jesús y fray Angel de Valencia en Michoacán, entre cuyos nombres habría que destacar a fray Juan de Padilla, fray Miguel de Bolonia, fray Juan de Vadía, fray Jerónimo de Alcalá y fray Juan de San Miguel, quienes seguramente formaron parte de la famosa barcada de religiosos franciscanos que llegó a la Nueva España en 1527. Posiblemente haya sido entonces hasta esta ocasión, en que vinieron más frailes a Michoacán luego del capítulo franciscano celebrado en Huejotzingo hacia 1528, cuando se dice que los indios salieron a recibirlos con evidentes muestras de alegría y que fray Martín de Jesús celebró una solemne misa en la humilde iglesia de Santa Ana de Tzintzuntzan, estando todo el templo adornado con flores, acompañando la ceremonia con todo género de cánticos e instrumentos musicales.

No obstante, puede decirse, en general, que los avances geográficos y materiales durante este segundo periodo fueron también escasos, ya que muy pronto el prometedor impulso que recibieron las misiones en Michoacán se vio nuevamente opacado por los serios desmanes que cometieron los miembros de la nefasta Primera Audiencia, encabezada por el

trístemente célebre capitán Nuño de Guzmán, quien como todos sabemos emprendió una nueva y terrible campaña de conquista hacia el norte de la colonia (conocida precisamente a partir de entonces como Nueva Galicia) y durante su paso por Michoacán, hacia 1530, sometió a juicio y tortura al Cazonci provocándole finalmente la muerte. Lo anterior, contribuyó para que se desatara una ola de temor y reproche entre la población indígena y para que los frailes se vieran desalentados y prácticamente obligados a abandonar de nueva cuenta su labor evangelizadora en Michoacán.

Al respecto, esta situación de penuria no mejoró lo suficiente sino hasta los años de 1533-1535, cuando inició lo que puede considerarse como la tercera y definitiva etapa en el desarrollo de las primeras misiones franciscanas en Michoacán. Dicha fase, arrancó con el impulso que recibieron dichas estas misiones en 1533, a raíz de la visita que hizo a la región el entonces oidor y licenciado Vasco de Quiroga, en su calidad de miembro y representante de la Segunda Audiencia (es decir, todavía sin haber sido nombrado obispo). Durante su visita a Michoacán, el licenciado Vasco de Quiroga dio origen a la fundación del famoso pueblo hospital de Santa Fe de la Laguna, obra que al igual que su homóloga de la ciudad de México, tuvo un gran significado social y fue de suma trascendencia para la conversión religiosa de los indígenas en este tiempo. Sin embargo, de manera muy especial, esta tercera y última fase de las misiones franciscanas en Michoacán se caracterizó por la gran expansión y la fundación de numerosos conventos de la orden en varios puntos de esta provincia, mismos que conformaron a partir de 1535 la llamada custodia de San Pedro y San Pablo de Michoacán, que originalmente formaba parte de la Provincia Franciscana del Santo Evangelio de México. A su vez, esta nueva etapa se distinguió también por la aparición y el despliegue misionero que desarrollaron durante los siguientes años varios de los principales ministros de la orden franciscana que actuaron de manera sobresaliente en Michoacán, tales como los ya mencionados fray Martín de Jesús, fray Angel de Valencia, fray Jerónimo de Alcalá y fray Juan de San Miguel, a los que se pocos más tarde se agregarían (hacia 1542) los destacados fray Jacobo Daciano y fray Maturino Gilberti.

En ese sentido, cabe señalar que las características tan complejas que envuelven la fundación de los conventos franciscanos que se establecieron en Michoacán a partir de entonces, así como el itinerario que siguieron algunos de sus principales ministros en esta región, presenta varios problemas de interpretación y hacen hasta cierto punto imposible de

conocer con exactitud cronológica el desarrollo expansionista que tuvo la orden en esta provincia.

Al respecto, la *Relación de Michoacán* solamente menciona que, luego de la fundación del convento de Tzintzuntzan, "vinieron más religiosos de San Francisco y se asentaron en Ucareo, después en Zinapécuaro y de allí fueron fundando más casas". Por su parte, las crónicas de la orden, sin darnos fechas ni nombres de muchos de los frailes fundadores, señalan solamente que el segundo convento que se fundó en esta provincia, después de Tzintzuntzan, fue el de Guayangareo (Valladolid, hoy Morelia), y que casi al mismo tiempo se fundaron los de Pátzcuaro, Acámbaro, Zinapécuaro, Uruapan, Tarecuato, Zacapu y otros en la sierra y fronteras de Michoacán. Sin embargo, cabe señalar que la mayoría de estos primeros conventos o monasterios, no eran en un principio sino casas modestas con una capilla al lado y sin religiosos de residencia fija.

Los propios cronistas de la orden aceptan el hecho de que durante los primeros tiempos, los frailes misioneros tan sólo acertaban a fijarse en cualquier paraje oportuno para que se detuvieran ahí y levantaran iglesias pajizas y unas humildes habitaciones desde donde dirigirse a la instrucción de los indios; además, lo endeble de los materiales con que eran contruidos, las inclemencias del tiempo, las pestes que llegaron a desaparecer pueblos completos o el traslado de éstos hacia otros lugares, así como varios casuales incendios, provocaron que muchos de estos conventículos desaparecieran sin dar luz ni razón de sus primitivas fundaciones. En realidad, solamente cuando las misiones se afianzaron y se multiplicó también el número de religiosos, se dio paso a la edificación de mejores y mayores conventos, de proporciones más amplias y de materiales más sólidos y permanentes, situación que en todo caso debe ubicarse a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Por todo ello cabe aclarar que, en caso de establecerse la fecha de fundación o edificación de un convento en un determinado lugar, no significa forzosamente que ésta sea la del arribo de los misioneros a dicho sitio, pues antes pudo existir una fundación previa o el lugar pudo ser solamente "visita" de un convento cercano; más aún, si tomamos en cuenta que durante los primeros tiempos de la evangelización la fundación de un convento o monasterio de religiosos, por muy pequeño que fuera, no significaba solamente la construcción material de un edificio, sino principalmente la instalación formal de un centro de irradiación misionera con un perímetro de influencia considerable a su alrededor.

Ese fue el caso, por ejemplo, de la fundación del convento de Ucareo, lugar al que los documentos más antiguos y confiables (como la *Relación de Michoacán*) mencionan precisamente como una de las primeras misiones establecidas por los religiosos franciscanos en Michoacán después de Tzintzuntzan, y en donde, en realidad, los franciscanos no parecen haberse asentado nunca de manera definitiva, sino solamente funcionó como una importante visita de los conventos cercanos de Acámbaro, Zinapécuaro y Taximaroa, hasta que finalmente, a mediados del siglo XVI, los frailes agustinos edificaron ahí un monasterio en toda forma.

Por otro lado, conviene resaltar también el hecho de que la actuación de los misioneros en esta temprana época resulta por momentos bastante confusa y contrastante, ya que al lado de las grandes luminarias (como fray Juan de San Miguel y fray Jacobo Daciano, por ejemplo) tenemos los nombres de otros religiosos que se mencionan en las crónicas y demás fuentes (como fray Antonio Bermul, fray Juan Lazo, fray Francisco de Favencia, fray Angel de Jesús y el hermano lego Alonso de Palo), que prácticamente nos resultan personajes desconocidos; o también que conforme aparecen fundando un monasterio en un determinado lugar, muy pronto o casi al mismo tiempo (como si de verdad hubiesen tenido el don de la oblicuidad), aparecen llevando a cabo una nueva fundación a varios kilómetros de distancia.

Es en este contexto que podemos hacer un pequeño paréntesis, para detenernos a analizar brevemente los inicios del proceso de evangelización en el oriente michoacano, la cual parece poder ubicarse en una época todavía muy temprana (hacia 1526-1530), cuando incluso las primeras misiones desarrolladas en la zona del Lago de Pátzcuaro todavía no se consolidaban. Por entonces, hay indicios de ciertas incursiones franciscanas en las regiones de Acámbaro, Zinapécuaro, Taximaroa y Zitácuaro, lugares limítrofes del antiguo señorío tarasco e importantes centros de población mazahua y otomí. No obstante, es conveniente aclarar que por los testimonios que presenta el cronista fray Pablo Beaumont, estas primeras incursiones franciscanas parecen estar relacionadas con algunas expediciones militares que partieron por esos años a someter el gran territorio chichimeca y con la incipiente expansión de los franciscanos de la custodia del santo Evangelio de México, quienes al parecer ya habían erigido un convento en Toluca desde 1525.

Es decir, que estas noticias sobre los primeros franciscanos que incursionaron en el oriente de Michoacán, no obedecen pues a la realización o preparación de una misión

sistemática de evangelización en esta región, ya que en todos estos casos las fundaciones formales de sus conventos datan de fecha posterior, lo que nos hace suponer que, por entonces, quizá solamente funcionaban como misiones de paso o lugares de visita para los religiosos que transitaban constantemente de la custodia de México a Michoacán. Sin embargo, es indudable que ya desde entonces las doctrinas establecidas en Acámbaro, Zinapécuaro, Taximaroa y Zitácuaro cobraron cierta importancia, aunque como decíamos sus respectivos conventos se afianzaron y construyeron debidamente durante los siguientes años (al parecer hacia 1541-1545), cuando se incorporaron definitivamente a la custodia franciscana de Michoacán. En ese sentido, cabe destacar por entonces la labor de fray Juan de San Miguel, quien por esos años aparece ligado particularmente a los conventos de Zinapécuaro y Acámbaro, en tanto que de sus compañeros fray Francisco de Favencia, fray Antonio Bermul y fray Juan Lazo (a quien según algunas fuentes se debe la construcción de estos monasterios) y de los religiosos fray Angel de Jesús y Alonso de Palo (a quienes se menciona como los primeros misioneros en la región de Zitácuaro), así como el caso de un tal "fray Gonzalo", que estaba al cuidado del convento de Taximaroa en esos años, no tenemos mayores noticias.

Una característica común de la expansión franciscana, no sólo en Michoacán sino en toda la Nueva España, fue la libertad con que sus frailes pudieron moverse, libertad entendida en el sentido de que éstos, por el simple hecho de haber sido los primeros, no tuvieron quien les disputara el terreno para tomar la dirección que mejor les pareciera. Esta situación limitó y condicionó hasta cierto punto la labor evangelizadora de otras órdenes religiosas, como la de los agustinos, quienes de hecho tuvieron que conformarse con ocupar tan sólo las regiones que los franciscanos habían dejado abandonadas o a medio evangelizar.

El hecho viene al cuento, porque como es sabido los frailes agustinos llegaron a Michoacán en el año de 1538 y de inmediato fundaron un convento de Tiripetío; dos años después erigieron otro en Tacámbaro y desde allí iniciaron sistemáticamente la evangelización de la inhóspita región de Tierra Caliente (que los franciscanos habían dejado prácticamente abandonada), donde al poco tiempo llegaron a establecer más de 40 doctrinas. El hecho de haber trabajado en la evangelización de zonas que digamos, hasta cierto punto estaban muy "bien delimitadas" (como eran esos huecos geográficos que habían dejado libres los franciscanos), propició que las condiciones de desarrollo de las misiones agustinas en Michoacán fueran completamente diferentes. En ese sentido, cabe resaltar que al menos en el

caso de los agustinos que misionaron en esta región no se encuentran elementos tan claros de una resistencia indígena o de problemas políticos que afectaran seriamente su labor, como sí sucedió -según hemos visto- con los franciscanos, quienes en un principio estuvieron solos y durante varios años tuvieron que enfrentar serios problemas en su labor evangelizadora como ya hemos visto. Desde un punto de vista muy particular, creo que esos problemas que enfrentaron los franciscanos fueron provocados sobre todo por dos razones: en primer lugar, por el abuso y la destrucción que propiciaron los encomenderos, particularmente en el centro de Michoacán, por ser sin duda esta la zona más amplia, rica en tributos y mayormente poblada por los naturales tarascos. En segundo lugar, por el problema que realmente significó el desconocimiento de la lengua tarasca (predominante en la mayor parte de Michoacán), pues como hemos visto, paradójicamente, los avances más notables de la evangelización durante los primeros años se presentaron más bien en estas zonas fronterizas (Ucareo, Zinapécuaro, Taximaroa y Zitácuaro), que en general estaban habitadas por otros grupos de origen mazahua y otomí, cuyas lenguas seguramente eran ya más conocidas por los misioneros.

En este contexto, quisiera destacar algunas cosas que me parecen interesantes y que sin duda tienen que ver específicamente con la evangelización y el desarrollo de la administración eclesiástica en esta región. Primero, que a partir de mediados del siglo XVI, la mayoría de las fundaciones hechas por los misioneros obedecieron ya no sólo a las necesidades propias de la evangelización y de la expansión religiosa, sino que también se vieron condicionadas en gran medida por otras situaciones propias del momento. Así, por ejemplo, tenemos el evidente cambio y movimiento general que la población novohispana comenzó a experimentar hacia otros territorios debido al desarrollo de las empresas agrícolas y mineras.

En ese sentido, cabe mencionar que hacia 1550, los religiosos agustinos se asentaron definitivamente en el oriente de Michoacán, a raíz de la construcción del convento de Ucareo, lugar que como hemos dicho, habían dejado abandonado desde muy temprana época los franciscanos. Quizá por entonces fue que los agustinos extendieron sus labores de evangelización hasta esta zona de Tlapujahua y Tlacotepec, pues al menos como lo asentaba en unos apuntes don Jesús Martínez y lo publica en su libro el Dr. Fernando Martínez Cortés, en este lugar existe la tradición oral de que fueron precisamente los frailes agustinos quienes evangelizaron la región en el siglo XVI. Aunque las crónicas religiosas y otras fuentes documentales no hacen ninguna mención específica al respecto, la cosa no parece tan

descabellada si tomamos en cuenta, además, que la fundación del convento de Ucareo guardó sin duda una estrecha relación con el establecimiento de otro monasterio agustino en Charo (fundado también hacia 1550), de manera que ambos conventos vinieron a ser una especie de eslabones en la cadena de monasterios agustinos que se estableció finalmente a todo lo largo de la antigua zona indígena de los matlazincas, misma que comenzaba en la región de Ocuilán (1537) y Malinalco (1540) –hacia al sur del actual Estado de México-, pasaba por Toluca (1550) y se extendía hacia Ucareo y Charo, llegando incluso hasta el pueblo de Undameo (donde se fundaría otro convento agustino a finales del siglo XVI), entroncando de esa manera con el primitivo monasterio que los agustinos habían establecido en Tiripetío.

Y es que en realidad, si observamos detalladamente en un mapa (real o imaginario), veremos que las nuevas fundaciones conventuales que se hicieron en Michoacán y sus alrededores, sobre todo por los agustinos a partir de la segunda mitad del siglo XVI, parecen estar ubicadas estratégicamente en aquellos lugares y zonas de tránsito, lo que nos hace pensar que su construcción se debió más que nada a los propios intereses de la orden, pues como lo señalaba incluso algún testimonio de la época: “para la marcha efectiva del apostolado, importaba mucho que los misioneros pudieran ir de una casa a otra sin salir de los dominios propios de la orden, así aseguraban un hospedaje cierto, una acogida benévola de parte de los indios de la región y evitaban sobre todo molestos roces con los miembros de otra orden”.

Sin embargo, nosotros agregaríamos, finalmente, que no por casualidad esos conventos agustinos se edificaron tan sólo en unos cuantos pueblos indígenas (como Ucareo, Charo y Undameo), ya que así se comunicaban fácilmente con las principales ciudades, villas y reales de minas donde se asentaban los españoles, y que de hecho serían a partir de la segunda mitad del siglo XVI, el eje de la vida política, económica y administrativa del Michoacán colonial.

Los proyectos diocesanos en Michoacán (1536-1580)

Como es sabido, en el año de 1536 se erigió el obispado de Michoacán y se nombró como su primer obispo a don Vasco de Quiroga, quien tomaría posesión de su cargo dos años después, y al poco tiempo determinaría establecer la nueva sede del obispado en Pátzcuaro. De esa manera se desató un gran conflicto político y administrativo en la región, que en un principio envolvió tan sólo a la ciudad de Tzintzuntzan (considerada desde los tiempos prehispánicos

como la capital de Michoacán), pero que pocos años más tarde, a partir de 1541, involucró también a otra nueva ciudad mandada fundar en el valle de Guayangareo por el virrey Antonio de Mendoza. Nos referimos pues, a la que más tarde (entre 1576 y 1580) se llamaría oficialmente ciudad de Valladolid, y que hoy conocemos como Morelia.

Pero más allá de ese problema, don Vasco encararía durante su gestión episcopal otro gran enfrentamiento por cuestión de límites y diezmos con el vecino arzobispado de México, y en ese sí esta región fronteriza entre ambos obispados se vería involucrada directamente. En ese sentido, vale la pena señalar que desde época muy temprana los pueblos de Tlalpujahuá, Tlacotepec y Contepec formaron parte de la encomienda de Taimeo, dada a un español llamado Gaspar de Avila, como premio por haber participado en la conquista de Michoacán. Este heredó dicha encomienda a su hijo Pedro de Avila Quiñónez, quien todavía fungía como encomendero de la región hacia 1558, justo cuando se descubrieron las minas de Tlalpujahuá por los europeos.

Como sabemos, una encomienda consistía en el privilegio otorgado a un español para recibir tributo y servicios personales de parte de los pueblos indígenas de una determinada región, como pago por los servicios prestados a la Corona española durante la conquista de esas tierras. A cambio de ello, los encomenderos deberían encargarse de procurar la instrucción cristiana de esos pueblos indígenas y tenían por tanto la obligación de hacerse cargo del sostenimiento de los ministros que se ocuparían de la evangelización de los naturales y de la administración de los sacramentos a los españoles, por lo que deberían pagar sus diezmos y colaborar también directamente en la construcción de las iglesias y conventos de la región

Pero he aquí, que en lo que toca a la administración de tipo civil, a raíz del descubrimiento de las minas en esta región, se creó la llamada Alcaldía Mayor de Tlalpujahuá, que por lo tanto no quedó sujeta políticamente a las sucesivas capitales y sedes episcopales de Michoacán (en Pátzcuaro y Valladolid), sino que dependía directamente del virrey en México, y cuya jurisdicción comprendía también los pueblos de Ucareo, Araró, Taimeo y Queréndaro, donde como sabemos también se asentó al poco tiempo otro real de minas en el pueblo de Otzumatlán.

Así pues, que cuando don Vasco de Quiroga comenzó a organizar su diócesis, surgió la duda de a donde deberían ir a pagar los diezmos que pagaban los encomenderos de esta

región. Pero como buen litigante que era, don Vasco ganó en vida este pleito y la comarca de Tlalpujahua quedó definitivamente bajo el control administrativo de la diócesis de Michoacán. (Es decir, que desde el punto de vista de la administración eclesiástica Tlalpujahua y sus pueblos aledaños si pertenecían a Michoacán, pero en la administración civil no). En ese sentido, es muy probable que ya desde antes de que se erigiera la diócesis de Michoacán, en 1536, algunos clérigos seculares hayan estado en esta región atendiendo las necesidades de alguna encomienda cercana, ya sea para ayudar a los misioneros franciscanos que no alcanzaban a visitar todos los pueblos comarcanos desde sus respectivas doctrinas establecidas en Zinápecuaro, Taximaroa y Zitácuaro, o bien administrado los sacramentos a los españoles que poco a poco se iban asentado en esta región. Ese pudo ser el caso de un clérigo llamado Bernardo de la Torre, a quien entre 1536 y 1545 encontramos visitando algunos pueblos como Charo y Taimeo (recordemos para el caso que Taimeo era precisamente la cabecera de la encomienda a la que pertenecieron originalmente Tlalpujahua y Contepec). Pero lo más seguro es que sea a partir del descubrimiento de las minas y de que el obispo Quiroga ganó la primera parte del pleito de los límites y diezmos del lugar con el arzobispado de México, cuando se comenzaron a organizar adecuadamente las doctrinas y parroquias seculares en esta región.

Ya vimos que los conventos franciscanos de Taximaroa y Zitácuaro se consolidaron plenamente hacia la década de 1540 y que los agustinos se establecieron de manera definitiva en el convento de Ucareo a partir de 1550. Al parecer, pocos años después, el obispo Vasco de Quiroga erigió formalmente las parroquias más importantes de la región y comenzó también a nombrar a sus primeros curas. Uno de ellos, fue precisamente el bachiller don Alonso Espino, a quien el obispo Vasco de Quiroga nombró como cura de los reales de minas de Tlalpujahua y Otzumatlán, hacia 1560, y a propósito de minas poco tiempo después le dio nombramiento y poder para que extendiera su jurisdicción y en calidad de juez y vicario fuera de visita hasta las lejanas minas de Guanajuato. En ausencia del bachiller Espino, es muy probable que entre 1562 y 1567, visitaran continuamente este lugar (para administrar los sacramentos a los mineros españoles) los curas de Maravatío e Irimbo, que a la sazón eran Pedro Yáñez (1562-1565) y Lorenzo Encinas (1566-1567). Otros clérigos de nombre Miguel de la Fuente y Antonio ¿?, administraron estas nacientes parroquias seculares del oriente michoacano hacia 1568-1570; pero sin duda el cura más destacado de Tlalpujahua durante esos primeros años fue el bachiller don Rodrigo Muñoz, a quien un testimonio otorgado por el segundo obispo de

Michoacán, Antonio Ruiz de Morales, dado en 1571, nombraba como “un clérigo venido de Castilla, buen latino, muy virtuoso y conocedor de la lengua mexicana”.

Para terminar, quisiera hacer lectura textual de algunas noticias aisladas sobre el estado de la administración eclesiástica en esta región a principios del siglo XVII, ya que estas son tan puntuales que poco o nada tendría yo que agregar. Así pues, en 1619, durante su visita episcopal, el entonces obispo de Michoacán, fray Baltasar de Covarrubias, halló que este:

“Real de Minas de Tlalpujahuá —dice— es una poblazón de españoles. Tiene su asiento en las faldas de una sierra, delante de la cual, como una legua hacia la parte oriental, están los linderos del arzobispado de México y de este obispado (de Michoacán). Tiene esta poblazón más de 40 españoles, que tienen sus casas en las cuevas y quebradas de esta loma. Hay beneficiado clérigo y lo es el bachiller Joseph de la Cerda, criollo de esta ciudad (de Valladolid), graduado en la (Real Universidad) de México en Artes y Teología, buen predicador de españoles (y) hombre virtuoso. Tiene por sujetos dos barrios de indios otomites que serán en número de 200 personas, poco más o menos. Caen en esta doctrina algunas labores de trigos y ganados y cerdos, y en ellas algunos vecinos: 30 indios y negros, casados y solteros, y habrá otros 30 negros en las dichas minas, esclavos de los mineros.”

Treinta años después, un canónigo de la Catedral de Valladolid, sólo agregó a esta descripción las siguientes palabras:

“Su temple es muy frío..., las minas son de plata de mucha ley y granos de oro. (Pero) Hay pocos mineros que puedan costearlas, y así no hay más de cinco haciendas (bien) aviadas. Tiene su parroquia buena (de estado) y cura beneficiado, a quien dan los mineros trescientos y cincuenta pesos de salario al año, y sus obvenciones que son muchas, porque se le agregan cuatro pueblos pequeños de indios mazahuas y mexicanos, que distan a (no más de) cuatro y cinco leguas de la cabecera, con las haciendas del valle... que son (como) quince, donde se coge mucho trigo, maíz y ganado y otras semillas”. Por entonces, seguían habitando el lugar poco más de 40 vecinos españoles, pero en cambio, según este testimonio: había “mas de mil personas (entre) indios, mulatos, mestizos y negros de servicio”. En lo secular “tiene Alcalde Mayor que lo es de toda la comarca que llega (hasta) Zinapécuaro, (a) siete leguas de Valladolid, y hay Alguacil mayor y escribano público y de minas. Y a la falda de la sierra donde están las minas, es el puerto en que se registra todo el ganado (de) mulas y caballos que pasan de la Provincia de Michoacán (hacia) México”.

Cabe señalar que al hablar de esos “dos” y luego “cuatro”, barrios o pueblos de indios “otomites, mazahuas y mexicanos” que había en los alrededores de Tlalpujahua a principios del siglo XVII, no estamos tan seguros de que pueblos se trata, pues otro testimonio de la época (un cuaderno de visita pastoral que levantó el obispo fray Alonso de Rivera hacia 1630), señalaba obviamente que uno ellos era este pueblo de Tlacotepec; otro parece que se refiere más bien a un pueblo llamado en ese entonces Tarimangacho, pero de los otros dos casi no sabemos nada, pues extrañamente Contepec (que sería en todo caso otro pueblo cercano), dependía en esos años de la lejana doctrina franciscana de Acámbaro. Por lo que se refiere a las minas que había en la inmediaciones de Tlalpujahua, este último testimonio señala que eran 7 y sus dueños eran los siguientes: la que llaman del Monte, que pertenecía a una tal Ana de Mediola; la de Tomás de Santos, la del bachiller Juan Martínez de Argueta, la de Gaspar de Magallanes, la de Juan de Castellano, la de Esteban de la Fuente. En tanto que las 15 haciendas y labores que estaban en los contornos, sólo tenemos claras a las 5 más importantes, que eran obviamente: la de Tepetongo, que ese entonces pertenecía a un Sancho de Barona; la de Coroneo, que era de don Luis Cortés y Juan de Villaseñor; y tres haciendas más que antiguamente llamaban de “Los Bejaranos” y que para esos años ya pertenecían: una a Alonso González de Aragón, otra a su hermano Juan González y una más a un tal Domingo García. En casi todas ellas había capillas, en las que el clérigo del lugar daba misa y administraba los sacramentos a los españoles con licencia del obispo, pero particularmente en las capillas de los pueblos de indios y en las de las haciendas y minas Del Monte, en la de Tomás de Santos y en la de Esteban de la Fuente, era a donde acudían los naturales mazahuas y otomites: “donde celebraban sus fiestas y se les administra(ba) en la lengua común de este beneficio que es la mexicana”.

No me resta sino dar las gracias a todos ustedes, por haberme escuchado.

Tlacotepec, a 7 de agosto de 2004.